

Cristóbal Holzapfel. *De cara al límite*. Santiago: Metales pesados, 2013.

El título de este libro es suficientemente elocuente a la hora de señalar su contenido: se llama *De cara al límite* y en él se describe la condición humana, en casi toda la variedad de sus dimensiones, desde su existencia biológica a la intencionalidad de la conciencia, como relativa a un límite que se pone, se traspasa, se borra, se transgrede o se abandona.

En la filosofía suele ser frecuente llamar la atención acerca de los límites, al extremo que una porción de ella, desde Hegel a Heidegger, nada menos, hizo del límite, como ocurre en la *Lógica* o en *Ser y Tiempo*, uno de los temas predilectos de su reflexión. En ellos, en efecto, la casi entera condición humana queda reducida a la noción de límite: en el caso de Heidegger, el límite es la muerte que pone a mi disposición toda mi existencia, pero lo hace justo en el momento en que ella me es definitivamente arrebatada; y en el caso de Hegel, como se sugiere en la *Lógica*, la cualidad que caracteriza a un ente tiene por objeto distinguirlo de los demás, de suerte que eso que es suyo existe para sí y al mismo tiempo para otro, de manera que en rigor no existe ni dentro suyo, ni fuera de sí, sino en el límite o frontera entre esos dos momentos. Y ese mismo, a pesar de las diferencias de estilo o de orientación filosófica, es el caso de Wittgenstein en el *Tractatus*. En ese texto, Wittgenstein quiere ayudar a trazar unos límites al pensamiento; pero si nosotros quisiéramos seguirlo en esa empresa tendríamos que ser capaces de pensar ambos lados de este límite, y por consiguiente ser capaces de pensar lo que no se puede pensar. Este límite, por lo tanto, explica el mismo Wittgenstein, solo puede ser trazado en el lenguaje y todo cuanto quede al otro lado del límite será simplemente un sinsentido. El conjunto de los problemas de la filosofía, va a concluir Wittgenstein, deriva del hecho de querer trasponer los límites del lenguaje, exactamente como la mosca que se estrella una y otra vez, e inútilmente, contra las paredes de la botella en la que su existencia, sin que ella lo sepa, se desenvuelve.

En el caso de esos tres autores, el límite es constitutivo; pero está muy lejos de ser un evento que pueda ser, por decirlo así, experimentado o directamente vivenciado. En Heidegger, la imposibilidad de experimentar la muerte propia (puesto que en ella la totalidad de mi existencia se pone al alcance justo en el momento en que es arrebatada) solo puede ser sustituida al asistir cada uno a la muerte o a la existencia concluida del prójimo; pero esta es una experiencia apenas sucedánea o de segundo orden de ese límite. Y en el caso de Wittgenstein, para experimentar el límite que constituye nuestro mundo debíamos ser capaces de pensar lo que no se puede pensar. En todos estos casos, para no agregar el de Hegel, el límite es constitutivo de la existencia; pero no alcanza el estatus de una vivencia que pueda estar, cotidianamente, al alcance de nuestra conciencia reflexiva.

Ahora bien, los límites de los que trata Cristóbal Holzapfel en este libro, a diferencia de aquellos que aparecen en esos autores, dan lugar a una cierta actitud reflexiva o vivencial de los seres humanos que así constituyen u organizan lo que pudiéramos llamar su subjetividad. La tesis de este libro es que la entera condición humana podría ser referida a una cierta forma de vivir la experiencia de un límite y

por eso sus páginas recogen una especie de fenomenología, un repertorio de las varias actitudes o fenómenos posibles que se estructurarían en torno a la vivencia de los límites.

Así ocurre, por ejemplo, con lo que él llama la actitud *delimitadora*. Holzapfel denomina de esta forma a la tendencia, que él advierte en los seres humanos, de trazar líneas o límites para organizar su experiencia propia o ajena. Esa actitud delimitadora en base a la cual se organiza el mundo, sería constitutiva, es cierto; pero a la vez estaría a la base de una serie de experiencias casi cotidianas con las que ordinariamente nos topamos y acerca de las que Holzapfel llama, en este libro, la atención. Así ocurre con el ejemplo del juego al que, con cierta frecuencia, recurre. En el juego, los seres humanos nos entregamos a unos límites óptico convencionales, unas líneas que delimitan nuestra acción y le confieren sentido, y que reposan únicamente sobre nuestra adhesión convencional a ellas. Al jugar, sugiere Holzapfel, no nos alejamos de lo que somos, como si cuando jugáramos nos diéramos a la tarea de distraernos de nuestra verdadera condición tomándonos un respiro de ella, sino que, al revés, nos acercamos y nos asomamos a nuestro ser más íntimo. Y es que, en efecto, sugiere Holzapfel, si los juegos suponen un trato con los límites, al extremo que jugar supone poner límites que ordenan la acción y le confieren todo su sentido, ello ocurre porque nuestra misma condición es la de ser seres también limítrofes (“criaturas centáuricas” las llama, siguiendo a Fink) que llevan dentro suyo, por decirlo así, una línea sinuosa que divide los dos aspectos de lo que somos, el deseo y el deber. Al jugar, entonces, expresamos y, al mismo tiempo, experimentamos nuestra íntima condición, por decirlo así, delimitadora, la misma que se manifiesta en otros aspectos, aparentemente más pesados o más densos de la existencia, como, por ejemplo, el poder, donde la actitud delimitadora aparece también como fundamental.

Junto a la actitud delimitadora que los juegos ejemplifican, continúa Holzapfel, se encuentra también la actitud *deslimitadora* que, al revés de la anterior, ya no se empeña en poner límites sino en removerlos, de manera que en el continuo de la experiencia ya no habría, o no parecería haber, ninguna línea orientadora. En opinión de Holzapfel, esta actitud de remover los límites en vez de ponerlos, suele verse más acentuada en la modernidad, en cuya cultura se arriesga el peligro de lo soft, de lo ligh o de lo intrascendente. En efecto, sugiere, en un mundo donde todos los límites parecen removerse y ninguno parece estar provisto de firmeza ¿acaso los mismos conceptos no empiezan a romper sus ataduras, reales o presuntas, con la realidad hasta dejarnos casi al garete? Si los límites hasta ahora existentes se desvanecen ¿acaso no perdemos todas las orientaciones? Todo eso puede ser verdad, arguye Holzapfel, es verdad, sugiere, que los seres humanos anhelamos nociones firmes a las que aferrarnos y es verdad también que cada época ha presumido contar con conceptos fuertemente atados a una realidad que los excede; pero también es verdad, como lo ha mostrado una y mil veces la historia, que ese anhelo es imposible. Lo que ocurre, señala, es que los seres humanos parecemos construir argumentativamente la realidad al modo en que lo sugiere Perelman en su tratado de la argumentación: elaboraríamos nociones básicas y en torno a ellas disputaríamos definiciones; pero las propias nociones de las que estas últimas se derivan serían contingentes de manera que el viejo anhelo de contar con un mundo firme al que aferrarnos seguiría, desgraciadamente, incumplido.

Pero no acaba allí esta, por llamarla de alguna forma, fenomenología del límite que ha emprendido Cristóbal Holzapfel en este libro. Todavía él suma a la actitud delimitadora y deslimitadora, la actitud de *extralimitarse*. Esta actitud no consistiría, propiamente, en remover o suprimir los límites, sino en traspasarlos o excederlos. Como es fácil comprender, una vez que un límite se remueve o se borra, no tiene sentido decir que alguien se extralimitó. Esta última actitud, que también analiza Holzapfel, tiene significado a condición de que el límite que se desborda se mantenga en la plenitud de su sentido. Otro tanto ocurre con lo que denomina la actitud de *desmarcarse* que consistiría en abandonar el contexto en el que, originalmente, un cierto tipo de discurso, se formó. Holzapfel da como ejemplo de esta actitud el 18 Brumario, cuando Napoleón se desmarca de la revolución, la misma sin la que su propia figura sería históricamente incomprensible.

Pero, llegados a este punto, lo que cabe preguntarse es ¿de dónde proviene o sobre qué reposa esa actitud del ser humano que Holzapfel describe en casi todos sus pormenores, la de poner, sacar y transgredir límites?

Esa actitud, sugiere Holzapfel, se debe al hecho que nuestra entera existencia se desenvuelve sobre el fondo de un ser eterno e infinito, que carece de todo límite. A pesar de sus apariencias, no hay que tomar con espíritu apoloético esta afirmación que se encuentra casi a la base de la experiencia filosófica. La filosofía nació entre otras cosas cuando los seres humanos constataron que las cosas, al margen de todas sus diferencias, compartían una misma condición: la de *ser*, y ese ámbito en cuyo interior las cosas aparecerían, no poseería, a diferencia de ellas, límite alguno puesto que de todo lo que se ofrece a nuestra experiencia, incluida la nada, decimos que *es* (p. 115). Todas las actitudes de las que, hasta ahora, Cristóbal Holzapfel había hecho el registro, echando mano a la literatura o a la historia, no eran más que formas de trato, dice él, con la ilimitación del ser. Y lo notable, observa, es que en el trato con la ilimitación del ser ya no hay actitud alguna, es decir, no hay posición reflexiva alguna, sino un simple sentir que se apodera de cada uno, desapegándose cada cual de todo lo inmediato hasta alcanzar un cierto estado de reposo, en una especie de interrogación suspendida a la que, si no recuerdo mal, se refirió Heidegger en su curso de introducción a la metafísica, ese momento en el que, casi sin que lo queramos, surge en nosotros la pregunta ¿por qué hay ser y no más bien nada?

El problema de la ilimitación acerca del que Holzapfel llama la atención tiene varias versiones, más allá de la estrictamente metafísica. Freud lo llama sentimiento oceánico, la sociología de la religión se refiere a él como lo numinoso y el cálculo infinitesimal que inventaron Leibniz y Newton, lo llama paso al límite, un valor fijo y final, en cualquier caso inalcanzable, por referencia al cual se ordena una serie cualquiera (esta es la razón de por qué, en su autobiografía, Russell explica que se dedicó a las matemáticas luego de dejar de creer, porque encontró en ellas la misma sensación que le provocaba la fe religiosa).

Como fuere, Holzapfel concluye con esa descripción de lo ilimitado –o, más bien, con esa descripción del estado de ánimo o el temple con que los seres humanos se ponen de cara a lo ilimitado– la primera parte, la más extensa, de su texto. Comienza

allí una segunda parte, más breve, y la más filosófica en el sentido técnico de esta expresión, en la que se analiza lo que él denomina la metafísica del límite. En este caso ya no se trata de una fenomenología de las actitudes que los seres humanos poseemos frente al límite, sino de analizar el salto, dice él, de los entes, de lo que hay, al ser, a ese ámbito gracias al cual las cosas son. En esta segunda parte resalta especialmente el uso que Holzapfel hace de Leibniz para trazar lo que se insinúa serían las líneas básicas de esa metafísica.

Advierto, sin embargo, una leve inconsistencia entre las dos partes del libro. En la primera, en efecto, suele sugerirse mediante los ejemplos, y a veces explícitamente, un cierto constructivismo que hace reposar la realidad en el poder performativo de las palabras. De alguna manera Holzapfel sugiere que al poner límites, sacarlos y transgredirlos, los seres humanos van creando la realidad a la que, paradójicamente, creen al mismo tiempo referirse como una cosa ajena. Pues bien, ocurre que en la segunda parte del libro –la relativa a lo que Holzapfel llama metafísica del límite– se echa mano a Leibniz para explicar la realidad, el discurso y la propia actitud de la filosofía. Es difícil sin embargo compatibilizar el principio de razón suficiente, y sus derivaciones epistemológicas, a las que el libro en esta segunda parte se refiere, con la actitud constructivista que, si he entendido bien, se defiende en la primera. Como todos saben, el principio de razón suficiente en Leibniz es llamado por él el principio de lo mejor y es el que le permite afirmar que Dios creó el mejor de los mundos posibles y, acto seguido, defender una racionalidad immanente a la creación y la posibilidad de que nuestra propia razón coincida con ella. Pero ¿cómo compatibilizar todo eso con la actitud constructivista de que está plagada toda la primera parte del libro?

Al margen, sin embargo, de esa nota levemente crítica, no cabe sino felicitar a Cristóbal Holzapfel por haber compuesto este libro, a cuya erudición ningún comentario, menos una simple presentación, podría, me parece a mí, hacer justicia.

CARLOS PEÑA
Universidad de Chile
Universidad Diego Portales
carlos.pena@udp.cl